

Los santos, esos seres felices

Jorge LÓPEZ TEULÓN

Los santos son los seres más felices de este mundo¹, no sólo porque tienen la felicidad que les da su unión con Dios, sino porque poseen también la que nace de derramar a su alrededor la esperanza y el bien. Cuando uno tropieza con un santo, se siente mejorado siempre. Y aun los incredulos los buscan a veces, seguros de encontrar en su trato con ellos fortaleza, serenidad y paz. La historia de la Iglesia es la historia de la santidad de sus hijos. Siempre ha sido así. Cuando la sociedad antigua se descompone, surge un san Benito que con su espíritu presta los mejores servicios a la civilización cristiana. Tras la invasión de los bárbaros, que amenazan otra vez con destruirlo todo, vienen los santos misioneros que difunden la fe por toda Europa. Después, en la Edad Media, cuando en los monasterios y conventos se oye demasiado el ruido del mundo, san Bernardo restaura en las almas mejores el sentido de la contemplación y de la paz, al igual que Francisco de Asís, con su entrega a la pobreza heroica, convencerá al mundo de que el dinero no puede ser el dios del hombre.

Más tarde, en otra época difícil, santos como san Felipe Neri, san Ignacio de Loyola, santa Teresa de Jesús, impulsan la gran corriente que desembocará en Trento, donde se celebra el Concilio que reforma la Iglesia de Cristo. Y después del Concilio, para aplicarlo y vivirlo, surgirán santos como san Carlos Borromeo, san Francisco de Sales y el mismo san Pío V, los cuales ejercen una influencia prodigiosa. Como en nuestros tiempos modernos: frente al vértigo del ruido y de la velocidad, aparece la carmelita de Lisieux, santa Teresita del Niño Jesús, de cuyo silencio y oblación a Dios siguen brotando rosas; o bien, frente al afán de dominio del mun-

¹ Marcelo GONZÁLEZ MARTÍN, *Unidos en la esperanza*, Barcelona 1969, pp. 109-110 (Barcelona, 1969).

do, el ejemplo del sacerdote más desprendido: el cura de Ars; o frente a la ola de sensualidad y lujuria, el de una joven consciente de lo que vale la virginidad y capaz de defenderla hasta el martirio: santa María Goretti.

Los santos salvan al mundo siempre. Y santos son los que necesita la Iglesia hoy, en este momento de renovación. En los santos «Dios manifiesta al vivo ante los hombres, su presencia y su rostro. En ellos Él mismo nos habla y nos ofrece un signo de su reino, hacia el cual somos atraídos poderosamente con tan gran nube de testigos que nos envuelve (cfr. Hb 12, 1) y con tan gran testimonio de la verdad del Evangelio» (*Constitución Dogmática sobre la Iglesia*, 50).

El mundo se rinde ante la santidad². Junto al sepulcro de san José María Rubio en Madrid, o de santa Ángela de la Cruz en Sevilla, como en mayores proporciones ante el de san Francisco de Asís en Italia, ante los sepulcros de los santos, los hombres de hoy y los de ayer buscan la vida. Es porque ahí encuentran el secreto de lo que no tienen. Si la Iglesia no se lo ofrece, en vano se presentará diciendo que su mensaje puede transformar las actuales estructuras y lograr para todos un mejor orden de convivencia, de paz y armonía.

No es esta armonía temporal la que le corresponde establecer a la Iglesia; es la armonía propia del Pueblo de Dios, es decir, aquella que empieza y termina en la relación íntima del alma del creyente que sube hasta Dios, que vive de su vida, y que, iluminado con esa gracia y con esa fuerza, camina por el mundo reformando después todas las cosas que trae entre manos, porque tiene dentro la fuerza inextinguible que le da la unión con Dios. Esto es el Concilio; esto es lo que busca: la unión de la Iglesia y de los hombres con Dios, por medio de Jesucristo, y por eso nos llama a todos a una santidad sencilla, auténtica y profunda.

He querido empezar así. Concatenando dos textos, el primero es de 1969; el otro, de 1964. Pero siempre, en Don Marcelo, fue lo mismo. Por eso, en la lápida de su sepulcro, en la Capilla de San Ildefonso de la Catedral Primada se puede leer: «Padre en el Concilio Vaticano II, cuya doctrina aplicó fielmente». Aquello que escuchó con la frescura del Concilio quiso impregnarlo por todas partes: en Astorga, Barcelona y Toledo. Siempre: ¡ser santos, todos santos!

² *Obras del Cardenal Marcelo González Martín II: Santa Madre Iglesia*, Toledo 1987, p. 322.

Conoció como emérito, en 2002, la canonización de san Josemaría Escrivá de Balaguer; como Arzobispo Primado de Toledo, en 1993, la canonización de su querido Enrique de Ossó, de quien fue uno de sus biógrafos. También, en Toledo, pero a los pocos años de su llegada, en 1976, fue canonizada Beatriz de Silva y beatificada María de Jesús López Rivas: la primera el 3 de octubre y la segunda el 14 de noviembre.

En 1978, por los micrófonos de la Catedral, pidió una biografía de san Ildefonso:

«Ellos, los santos, son los héroes en el seguimiento de Cristo. Los cantores de la vida eterna a la que se aspira ya desde este mundo. El reflejo de la grandeza de Dios, y aunque todo hombre pecador puede sentirse pequeño frente a los ejemplos gloriosos que ellos nos dan, la pequeñez sentida no es obstáculo para que nazca dentro de nuestras almas un deseo de imitarles y de seguir su camino... ¡Y cuántos bienes produjo a las familias cristianas, en nuestras regiones diversas de España, aquella tradición de *leer la vida de los santos en casa* por el santoral de este o aquel autor! Padres e hijos reunidos leían y meditaban la vida del santo que se celebraba al día siguiente [...] Concretamente, en lo que se refiere a san Ildefonso, nos gusta recordar sus detalles y desearíamos que algo de lo mucho que se ha escrito sobre él, quizá una pequeña biografía, acomodada al uso normal de las gentes, pudiera de nuevo editarse y distribuirse masivamente entre todos nuestros diocesanos para que sea cada vez más conocida y amada aquella excelsa figura».

Luego se la prologó a don Juan Francisco Rivera Recio, que obtuvo el primer premio a la mejor biografía de san Ildefonso que se presentó a un concurso abierto organizado, en 1983, por el Arzobispado.

Finalmente, aunque han subido a los altares tras la muerte de Don Marcelo: conoció la santidad de Juan XXIII, de Pablo VI y de Juan Pablo II; y a zaga de ellos, y no menos santo, el venerable Juan Pablo I. «*Sus papas*», con los que trabajó por la Iglesia en todo lo que le encomendaron.

He buscado en sus propias páginas: homilías, pastorales, artículos... Quería que él fuese el que nos hablase de los santos. Con su madurada palabra. Con su claridad única. Tal vez, a alguno le sirva incluso para poder predicar. Frases únicas que resumen la genialidad del santo del que nos habla.

Trabajamos con dos de los tomos de las *Obras del Cardenal Marcelo González Martín* publicadas por el Instituto Teológico de San Ildefonso. El tomo VI: *Testigos de la fe* (1990) y el tomo X: *Prólogos y comentarios*

del Evangelio (2014). En las páginas introductorias del tomo VI podemos leer la clave de lo que queremos presentar en este artículo:

«El autor, al abordar el estudio de un santo, junto al análisis de la época y de la personalidad, acentúa y explana la lección perenne de la vida que para el hombre de hoy posee la biografía de un santo. Los santos de ayer siguen siendo santos con voz válida para nuestro tiempo».

Escuchemos su voz inconfundible en cada frase y hagamos aquello que Don Marcelo nos recomendaría: *leer vidas de santos para imitarlos en todo*.

Sobre quiénes predicó y escribió

Don Marcelo fue un gran apóstol de la predicación. Como sacerdote y como obispo pronunció más de 10.000 sermones y conferencias. Pero no erramos si citamos como elenco aquellos santos sobre los que conservamos referencia suya escrita o hablada:

San José (siglo I), san Pedro y san Pablo (+66), san Marcelo (+309), san Agustín (+430), san Benito (+547), san Ildefonso de Toledo (+667), san Bernardo (+1153), santo Domingo de Guzmán (+1221), san Francisco de Asís (+1226), santo Tomás de Aquino (+1274), san Raimundo de Peñafort (+1275), san Pedro Regalado (+1456), santa Beatriz de Silva (+1492), san Ignacio de Loyola (+1556), san Juan de Ávila (+1569), beatos Mártires de Tazacorte (+1570), san Francisco de Borja (+1572), santa Teresa de Jesús (+1582), san Juan de la Cruz (+1591), san Alonso de Orozco (+1591), santa Juana de Lestonnac (+1640), san Vicente de Paúl (+1660), venerable Miguel Mañara (+1679), san Juan Bosco (+1888), san Enrique de Ossó (+1896), santa Teresa de Jesús Jorner (+1897), beato Marcelo Spínola (+1906), beato Manuel Domingo y Sol (1909), beato Ciriaco María Sancha (+1909), santa Rafaela M^a del Sagrado Corazón (+1925), beatas Mártires Carmelitas de Guadalajara (+1936), beatos Mártires de Barbastro (+1936), venerable Práxedes Fernández García (+1936), san Rafael M^a Arnaiz Barón (+1938), san Juan XXIII (+1963), santa Maravillas de Jesús (+1974), san Josemaría Escrivá de Balaguer (+1975), venerable Juan Pablo I (+1978), san Pablo VI (+1978), madre Dolores Domingo (+1984), sierva de Dios Madre Cristina de Arteaga (+1984), san Juan Pablo II (+2005).

San Pedro y San Pablo³

A mí me ocurre una cosa que no sé si os pasa a vosotros, al recordar la memoria de estos apóstoles: que me cuesta contemplarles con el atributo de la autoridad suprema que les corresponde y que les fue dado por el mismo Jesucristo de una manera tan directa. Me cuesta admitir esto. Yo no sé qué me pasa con Pedro y Pablo, que les considero como merecedores de cariño. Y cuando ya pasó Pentecostés y les inundó el Espíritu Santo, fueron una cosa muy seria Pedro y Pablo.

El resto de su vida no sabemos exactamente cuánto duró hasta que después terminan en Roma y sucumben a las crueldades del martirio que tuvieron que sufrir. Pues no se merma su autoridad en mi concepto, pero les considero como amigos, como que iría con ellos de la mano, acogiendo a ellos, invitándoles a comer lo poco que tuviéramos... Lo que me imagino que fue la vida en Roma. Medios tenían, pero persecuciones y desprecios de aquella raza prepotente que eran los romanos también tuvieron mucho.

En cambio, mientras estuvieron en Palestina, la vida que llevaron era la de siempre: sus costumbres, sus hábitos pescadores... Ya no podían dedicarse a eso, porque una vez que Pentecostés les ha inundado con la fuerza del Espíritu Santo, también en Palestina les hace ir de un sitio a otro constantemente. Y también son perseguidos, encarcelados. Se nos habla, por ejemplo, de esa descripción de Pedro en la cárcel (Hch. 12, 4).

³ El día de san Pedro y san Pablo conmemora la vida de estos dos apóstoles. Ellos ofrecieron su vida por Cristo y, gracias a su actividad misionera, el cristianismo se extendió rápidamente por el Imperio Romano. Pedro es conocido como el apóstol apasionado, pero frágil espiritualmente. Fue el hombre elegido por Jesús para ser la roca de la Iglesia: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia* (Mateo 16, 16). Guardó con celo y devoción su misión hasta entregar su vida como mártir. Pablo era culto, con formación rabínica, conocedor del pensamiento grecolatino. Él pasó de ser un perseguidor a un apóstol del Cristianismo. Su misión fue fundamental porque desligó el Cristianismo de la ley judía. Por esto, los apóstoles son considerados las dos columnas de la fe cristiana. El sentido más profundo de esta festividad es confesar solemnemente el credo de la Iglesia: una, santa, católica y apostólica. Se celebra cada 29 de junio. Los sacerdotes ordenados el 25 de junio de 1995 tuvimos la oportunidad, como último curso que recibí el sacerdocio de manos de Don Marcelo, de reunirnos con él en cada aniversario. Esta homilía corresponde al encuentro del año 2000, que se retrasó hasta el 29, pudiendo celebrar con él la fiesta de los santos apóstoles Pedro y Pablo.

Y dentro mismo del ambiente de persecución e intranquilidad están con gente conocida, familiares suyos algunos. Ellos tenían a los suyos, como nosotros tenemos nuestras familias. Pero van a Roma. ¡A Roma ellos! ¿Quiénes son? Unos infelices... Pablo no. Era un hombre culto. Había leído mucho, había meditado las enseñanzas de la Ley, había perseguido a los cristianos, tenía en la mano las llaves de muchas cosas, hasta que, yendo hacia Damasco (Hch. 9, 4) cayó bajo la fuerza de una luz cegadora, que era como un resplandor totalmente inusitado. No sabemos el tiempo que estaría en el suelo. No sabemos el tiempo que estaría derribado Pablo; pero sí que oyó las palabras; después las transmitió y nos impresionan tanto: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?". Luego perseguía a Cristo, aunque él no lo reconociera ni lo supiera. Pero oyó esto y lo repitió después toda su vida. Y ya viene un cambio trascendental en él. Busca por diversos caminos el contacto con los otros apóstoles. Y estuvo largo tiempo en el "Seminario". Esto se habla poco en los cuadernos de propaganda, en lo que se escribe y se dice cuando hablamos de la formación de los jóvenes sacerdotes. Se habla poco de este sucedido a san Pablo, del tiempo que estuvo —¡años!— preparándose.

Retirado en Arabia, buscando a Pedro, consultando todo. Y al fin, nutrido con estos alimentos que para él son completamente nuevos, autorizado por los demás apóstoles, aunque es el abortivo, el que menos merece —a sí mismo se llama un hombre pobre, perseguidor—, llega un día en que se lanza a trabajar. ¡Y con qué decisión, Dios mío! Yo creo que muchos días no tendría tiempo ni para comer; ni medios, porque en Roma todo fue distinto. Le llevaban cosas los destinatarios de esas Cartas: tesalonicenses, efesios, romanos... Le llevaban cosas cuando estaba en la *cárcel Mamertina*... ¡Pobre!

Pero sigo considerándoles así, como muy cercanos a mí. Son autoridad, no se puede hacer nada sin ellos. Estoy seguro de que se extendió entre los cristianos primeros la fama de la autoridad que correspondía a Pedro. Seguramente es el que vivió menos; duró más Pablo. Pedro fue considerado y recordado siempre como el Jefe, aquel a quien le dijo Cristo: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán sobre ella". Y con tan poco bagaje, entrando en un sitio y en otro, van prendiendo la llama.

A nosotros nos parece que si no *arde* el pueblo entero, no hacemos nada. ¡Pues no es así! Estos apóstoles en Roma lo que hicieron fue encen-

der una llamita aquí y otra allá; en un taller de operarios de vida práctica, en algún grupo más cultivado, en el palacio de los césares... ¡allí también lograron que alguno se convirtiera! ¿Qué tenía aquello que predicaban para encender así a la gente? Y, sobre todo, ¿cómo vivían ellos? Vivían para encender así a la gente. Se ocultaban —catacumbas— incluso a la vir y enseñar; las dos acciones. Con algún bárbaro como Nerón eran sometidos a persecuciones terribles; también con otros emperadores. Y a lo mejor aparevaran por aquel ambiente romano la fragancia de su pureza, el amor a un Dios inmortal, a Jesús, del que leían las cosas que había dicho y sobre el cual hablaban estos, Pedro y Pablo, sin miedo ninguno a lo que ocurriera. "A mí ya me queda poco tiempo", dice san Pablo.

Yo no sé, cuando se dice que a un sacerdote le es tan difícil meditar, la oración de meditación... No lo comprendo. Porque es que, simplemente, con acogerse a la Sagrada Escritura del Nuevo Testamento, simplemente eso da de sí para estar meditando treinta años. Los episodios del Nuevo Testamento, los sucedidos a los apóstoles, las persecuciones que tienen... ¡Tan bonito, tan puro, tan limpio! Ahí no hay nunca ambición ni deseo de prosperar ni de buscar la protección de los jefes de las ciudades; no. Lo único que se ve o se presume, tal como lo hemos aprendido de la historia, es eso: muerte; la muerte por persecución sangrienta.

¡Pobrecillos, unos y otros! Pero san Pablo y san Pedro, ¿qué son? Son hermanos, son padres nuestros; son sencillos. Van, predicando... En san Pedro parece que no son más que cuatro ideas que repite en esas *Cartas* que conservamos. San Pablo no; es otra cosa. Es una enseñanza variada, diversos tonos. A discípulos personales y concretos, como Timoteo; nos lo podía hacer a nosotros. A la colectividad de las naciones, de los pueblos por los cuales han pasado. ¡Dichosa la mano que cuidó de que estas *Cartas* se conservaran y llegaran a ser autorizadamente transmitidas, de forma que podamos conservarlas desde aquellos primeros tiempos como un tesoro! Se pueden leer frases sobresalientes, que nos llenan de sorpresa muchas veces, y de gozo al ver lo que ellos tenían que sufrir para lanzar esas ideas tan sorprendentes y tan nuevas. Pero han dado la vuelta a la civilización. Los dos, Pedro y Pablo.

Pablo, sobre todo, ha tenido una fuerza enormemente avasallante. Es lo que ha servido a los racionalistas, como sabéis, para decir que todo ha sido como la llamarada de un hombre genial de ascendencia judaica, que

maneja la pluma como los escribas, los fariseos que escribían y ayudaban. Pero con sólo eso han dado la vuelta a la civilización: a Roma, a Grecia, a España... A lo que hubiera aquí, que no lo sabemos bien; pero pronto consiguieron aquí también mártires: muchachos, muchachas... ¡pronto lo consiguieron!

Y entonces, ¿qué? Última reflexión, queridos sacerdotes: la misma que dice el Papa con esas palabras de Cristo en el evangelio de san Mateo, cuando avanza sobre el mar: “¡No temáis! Confiad. Soy Yo”. Lo que dijo el Señor en ese momento son estas tres frases. “¡No temáis!”. Parte primera: despojaos de todo temor, no temáis. Segundo, lo positivo: “tened confianza”. Y tercero, razón para la confianza: “Soy Yo”.

[...] A mí, como diría san Pablo, ya me queda poco. Es natural. Bueno, pues tendré que irme, Y contaré con la misericordia de Dios. Y cuando esté donde Él me llame, pediré por aquellos que eran los últimos que yo ordené y que año tras año venían y compartían conmigo sentimientos y afanes, y gozaban al conmemorar el aniversario del día en que fueron ordenados. Eso lo recordaré ya en el cielo. Y basta.

San Agustín⁴

Quizá no haya habido una cumbre tan alta en la historia de la Iglesia como la que aparece en este gigante de la inteligencia y de la entrega religiosa a Dios Nuestro Señor. Entre los seis o siete astros de primera magnitud, que podrían ser señalados en la historia de la teología y de la mística, incluso de la poesía religiosa, sería muy difícil quitar el primer puesto a san Agustín, el gran obispo de Hipona.

Nace en Tagaste, un pueblo de África, de lo que hoy es Túnez, de un padre que era propietario agrícola rural, bastante zafio en sus comportamientos, pagano, no tenía religión alguna. Ni siquiera practicaba el paganismo en que se habían educado aquellos hombres y mujeres, con ante-

⁴ San Agustín de Hipona (354-430), conocido como el «Doctor de la Gracia», es el máximo pensador del cristianismo del primer milenio y uno de los más grandes genios de la humanidad. Autor prolífico, dedicó gran parte de su vida a escribir sobre filosofía y teología, siendo *Confesiones* y *La ciudad de Dios* sus obras más destacadas. De una homilía pronunciada el 28 de agosto de 1989, en la parroquia de San Pedro, de Fuentes de Nava (Palencia), en la festividad litúrgica de san Agustín, patrono de dicha villa. Este texto inédito fue publicado en el tomo VI, *Testigos de la Fe*, de las *Obras del Cardenal Marcelo González Martín*, Toledo 1990, pp. 79-84.

rioridad al cristianismo. En cambio su madre, Mónica, era cristiana fervorosa. Una y otro se dieron cuenta en seguida de lo que valía aquel muchacho inquieto.

Su padre no puso obstáculos al joven Agustín, cuando este manifestó su deseo de trasladarse a Milán, en el norte de Italia. Allí llega Agustín, y está durante los años espléndidos de su juventud acudiendo a unas y otras escuelas, y formándose en filosofía y retórica, con arreglo a los conocimientos que entonces podían serle suministrados.

Se entrega a las más ardorosas pasiones: la del saber, la del éxito, la del anhelo de triunfar, la de ser un profesor que sea admirado, la del amor humano, también con sus desvaríos y sus desórdenes. A todo él se entregó, porque en todo quería encontrar Agustín algo así como la llama de los saberes y de los sentimientos nobles de la naturaleza, que se tornaban definitivamente, después de sus experiencias, en amargos fracasos.

Le vino la inquietud religiosa cristiana, y llegó el momento de su conversión. En gran parte la debe al obispo Ambrosio. Vive Agustín atormentado dentro de su espíritu por lo que sentía y lo que no tenía. Se explica. Lee y entiende la Sagrada Escritura a su manera.

Y un día, cuando está en el jardín de la casa de unos amigos, llorando de pena, porque no encuentra la verdad de Dios que busca tan ansiosamente, oye la voz de un niño que desde un lugar no lejano, pero invisiblemente, canturrea estas palabras: “Toma y lee, toma y lee”. Esta era la voz del niño: “Toma y lee”. Y Agustín, que tenía la Biblia allí, la abre casi enfurecido y lee unas palabras de san Pablo que le dicen: “No en comilonas, ni en borracheras, ni en los placeres de la carne encontrarás tu felicidad, sino únicamente en la Verdad de Dios”. Cerró el libro y siguió llorando, pero sus lágrimas ya no eran de desesperación, sino que habían sido como el fruto del toque del Espíritu de Dios sobre aquel alma generosa. Y desde entonces, fue dando pasos conforme a lo que le pedían su gran talento y la serenidad de su juicio, hasta que un día pidió el Bautismo y lo recibió del propio san Ambrosio.

Después volvió a su tierra africana, sacerdote y obispo. Y vino ya aquella actividad suya pastoral e intelectual asombrosa, que, aún hoy, nos produce como un sentimiento de anonadamiento a nosotros. ¿Sabéis que las obras de san Agustín abarcan dieciséis volúmenes del *Migne*, la gran colección de Santos Padres y teólogos, dieciséis volúmenes? Él mismo, en su ancianidad, un día hizo recuento de los que había escrito y le salieron

doscientos treinta libros, agrupados en noventa y dos obras voluminosas. Eso, aparte de los cuatrocientos cincuenta sermones que se conservan y de muchas cartas, algunas de las cuales es un verdadero tratado teológico.

La gracia de Dios, que inspiraba y ayudaba al doctor de la Gracia. San Agustín es un prodigio de la inteligencia y de la fe. Leyéndole, muchos han encontrado la luz que definitivamente buscaban y ahora podían tener ya a su alcance. Es el hombre de la interioridad.

Es el hombre del amor a Dios: «Ama y haz lo que quieras», dijo. O bien esta otra frase: «Yo en aquel tiempo —el que precede a su conversión— lo que buscaba y amaba era amar (*amabam amare*), yo amaba amar, no quería más que amar», es decir, quería abarcar el mundo entero y encontrar en él lo que hubiera de bello y de bueno, para amarlo y gozarlo y difundirlo. Es un genio, es un héroe de la grandeza humana que se manifiesta, de cuando en cuando, en ciertos personajes escogidos por Dios.

San Agustín, cuando vivía los últimos años de su episcopado y vio, habiendo escrito ya *La ciudad de Dios*, que los bárbaros, invasores de Europa que habían asolado ya Roma, llegaban a África para derruir también lo que el cristianismo había levantado, escribió una página inmortal diciendo:

«Lloráis y os lamentáis vosotros —los cristianos de África— de que están ya en Roma y lo han deshecho todo, de que van a venir y lo destruirán aquí todo también, lloráis por los tiempos que corren, mas no son los tiempos los que son malos, los tiempos se hacen por nosotros, y somos nosotros los que podemos hacer tiempos buenos o tiempos malos. Trabajaremos todos buscando la Ciudad de Dios en este mundo» (Cf. SAN AGUSTÍN, «Sermón 80, 8», en *Obras Completas*, X, Madrid 1983, BAC 441, 451).

Que [san Agustín] nos despierte el deseo de ser cada vez mejores y que, cuando descubramos en nosotros la sombra del pecado, nos acordemos, también, de que el camino del cristiano es el arrepentimiento. Él, Agustín, se arrepintió de sus desviaciones y fue lo que fue después, ese astro esplendoroso que, después de dieciséis siglos, sigue iluminando la Iglesia de hoy, y resulta que es de los más citados por todos los autores modernos, religiosos y profanos.

San Pedro Regalado⁵

Un día del verano de 1493 la pacífica villa de Aranda de Duero hallábase agitada por una algarazara y regocijo difícilmente descriptibles. Labriegos y pastores, hidalgos vestidos de fiesta, hombres y mujeres humildes del campo castellano, afluían a ella de todos los contornos para dirigirse desde allí al convento de La Aguilera. Ello era debido a que la reina Isabel se dirigía a visitar el sepulcro de san Pedro Regalado. A su incomparable majestad de reina católica, uníase en este momento la satisfacción de ser ya señora de una España totalmente redimida. Granada acababa de ser incorporada a la corona de Castilla. El milagro de América había conmovido al mundo desde sus cimientos. Por los caminos de España corrían vientos de grandeza. Aquel día la nación entera, representada en su reina, iba a postrarse de rodillas ante la tumba del humilde franciscano muerto treinta y siete años antes. Cuando Isabel entró en la iglesia, se volvió hacia las damas de su séquito y dijo: «Pisad despacio, que debajo de estas losas descansan los huesos de un santo».

¿Cómo era posible que, en tan corto espacio de tiempo, el que allí reposaba hubiese adquirido una fama de santidad tan grande? No es difícil contestar a esta pregunta. San Pedro Regalado es uno de esos seres afortunados, innumerables dentro del catolicismo, que responden con ejemplar disposición a un designio providencial.

Nació en Valladolid, en 1390. A los trece años ingresó en el convento de franciscanos, el cual no era entonces precisamente un modelo de observancia. Estamos en una época en que la disciplina y costumbres de religiosos y sacerdotes habían llegado a un grado de relajación que hoy nos resulta inconcebible. Causas muy diversas habían producido aquella situación, que los historiadores se complacen en pintar con los colores más negros. A las naturales consecuencias del cisma de Occidente se había unido la gran peste de Europa, que dejó despoblados los conventos. Para

⁵ San Pedro Regalado (Valladolid, 1390 - La Aguilera, 30 de marzo de 1456) patrón de la ciudad de Valladolid y su diócesis desde 1746. Su festividad se celebra el 13 de mayo. Don Marcelo escribió para el *Año Cristiano*, que fue publicado por la BAC (Biblioteca de Autores Cristianos), la entrada del 30 de marzo que corresponde al santo franciscano. Tomo I, Madrid, (BAC nº 182), 1959, pp. 710-716. El cardenal González Martín fundó el *Patronato de San Pedro Regalado* para obras sociales; pidió personalmente limosna por las calles y consiguió ayudas para construir más de 1.000 viviendas para personas poco pudientes.

llenarlos de nuevo, fueron admitidas gentes sin preparación ninguna, deseosas únicamente de colmar sus ambiciones al amparo de las inmunidades del claustro.

No faltaban quienes se dolían en lo más hondo de su alma de aquel estado de cosas. Y, precisamente, un franciscano que vivía en el convento de La Salceda, por tierras de Guadalajara, se decidió a refirir la única batalla que podía resultar victoriosa, la de la renovación profunda de la vida monástica. Era fray Pedro de Villacreces, también de origen vallisoletano, el cual tenía fama de santo en los conventos de la Orden. Un día, cuando menos lo esperaban los religiosos del de San Francisco de Valladolid, el anciano Villacreces se les entró por las puertas causando una profunda impresión. ¿A qué venía fray Pedro?, comenzaron a comentar en corrillos los reverendos moradores de la casa.

Contrastaba con la de muchos de ellos la espiritualizada figura de Villacreces: era alto, de una delgadez ascética, de ojos negros y vivísimos, manso como un hilo de agua, ardiente como un rayo de sol. En íntimo consorcio se habían juntado en él la reciedumbre del hombre de Castilla y la amorosa suavidad del Poverello de Asís.

¿Que a qué venía fray Pedro? Pronto vieron satisfecha su curiosidad cuando supieron que, con las debidas autorizaciones, salió una mañana del convento, en dirección a un lugar cercano a Osma. No iba solo. Le acompañaba fray Pedro Regalado. Este, de quince años; Villacreces, de más de sesenta. Les unía un mismo espíritu: afán de santidad. El viejo formaría al joven. Algún castellano que a aquellas horas pasaba por las calles estrechas de Valladolid, pudo ver a los dos religiosos avanzar sin más provisiones que un báculo y un breviario. Camino largo, mendigando de puerta en puerta. Jornadas a pleno sol y, a ratos, a la luz de la luna, hasta que llegaron por fin a La Aguilera, donde el obispo de Osma había autorizado a Villacreces para fundar allí un humilde convento. Y empieza la nueva historia.

La Aguilera iba a ser un foco de restauración de la vida religiosa franciscana en su más auténtica pureza. Con algunos otros religiosos que pronto se le unieron y, sobre todo, con los jovencitos a quienes él pudo formar desde el primer momento, Villacreces lograría hacer del naciente eremitorio una fidelísima reproducción de la austeridad impresionante que san Francisco de Asís vivió en los «primitivos tugurios» de Rivotorto y La Porciúncula. Bajo la mano del mismo, fray Pedro Regalado fue

recorriendo los humildísimos cargos propios de la vida de un convento pobre en que las almas santas suelen dar pasos de gigante en su camino hacia Dios. Limosnero por los pueblos vecinos, sacristán, ayudante de la cocina, encargado de atender a los pobres que llamaban a las puertas del convento... Así vivió durante once años, hasta 1415, fecha en que Villacreces se trasladó de nuevo a la provincia de Valladolid para fundar otra casa de recolección en El Abrojo, término de Laguna de Duero. Con él llevó al Regalado para que fuese maestro de novicios, aun cuando no tenía más de veinticinco años, y sólo tres de sacerdocio.

A partir de este momento, la vida de fray Pedro Regalado es una continua entrega a las más heroicas virtudes. No conoce límites para sus penitencias, y pide a los novicios el cumplimiento exactísimo, por amor, de todas las exigencias de la regla. A veces sale a predicar por los pueblos cercanos: Tudela de Duero, las dos Quintanillas, Matapozuelos, Portillo, y sabe dar a su predicación un tono de tan encendido amor a las almas, que las gentes le siguen por los caminos deseosas de confiarle sus cuitas de toda índole. Pronto empieza a hablarse de milagros múltiples realizados por su mano.

Muerto el padre Villacreces en 1422, y tras algún breve interregno, los religiosos de ambas casas, La Aguilera y El Abrojo, le eligen prelado o vicario, confiando así a su esfuerzo la tarea de continuar el propósito reformador que había guiado al que las fundara. Nadie más indicado que él para lograrlo plenamente. Por ambas Castillas se extendió rápidamente su fama, y los buenos hijos de la Iglesia, testigos involuntarios de las profundas perturbaciones de su época, contemplan con creciente admiración aquellas casas de la reforma, llamadas *Domus Dei* la de La Aguilera y *Scala Coeli* la de El Abrojo, a las que pronto seguirían otras hasta hacer «las siete de la fama» —así las llamaron en antiguos documentos—, las cuales vinieron a ser anticipados y eficacísimos focos de la renovación más tarde iniciada con carácter general por el cardenal Cisneros. Es esta, sin duda, la gloria más insigne de san Pedro Regalado y de su maestro, el padre Villacreces: haberse adelantado ofreciendo un ejemplo vivo y estimulante a la reforma que más tarde emprende la Orden del Císter, y que después extiende a toda España el gran cardenal regente de Castilla.

Vicario, pues, de ambos conventos, distribuía el Regalado alternativamente su vida entre uno y otro, hasta que decidió morar habitualmente y durante la mayor parte del año en La Aguilera, lugar más propicio para el

retiro y la contemplación a que deseaba entregarse. La casa de El Abrojo, por su proximidad a Valladolid, era frecuentemente visitada, incluso por personajes de la Corte, que acudían en demanda de sus consejos. Alguna vez pudo verse allí al entonces omnipotente favorito don Álvaro de Luna y al propio rey don Juan II de Castilla. El consiguiente ruido que tales visitas producían, no agradaba a quien tenía como suprema ambición de su alma la unión con Dios y la más estrecha penitencia, para poder ser el orientador vivo de la deseada reforma.

Nada perdonó para conseguirlo. Las célebres constituciones de que san Francisco de Asís dotó a su predilecta casa de la Porciúncula, completadas en cuanto a su aplicación con minuciosas y detalladas normas que Villacreces había añadido como natural derivación de aquellas en el ambiente del momento, fueron fidelísimamente observadas. Doce horas diarias de oración mental y vocal repartidas entre el día y la noche, trabajos manuales en el campo para ayudar a los labradores y así obtener alguna limosna, prohibición absoluta de almacenar provisiones fuera de las que exigía el sustento diario de la comunidad, celdas y habitaciones del convento «abyectísimas y vilísimas», silencio casi continuo, negativa terminante a recibir dinero ni siquiera como estipendio por la misa u otras funciones litúrgicas..., tal era el género de vida de aquellas casas.

En cuanto a su formación científica, san Pedro Regalado se distinguió también como maestro de espíritus y predicador elocuente, aunque más que por el aparato doctrinal, por la fuerza de la santidad vivida y el calor de sus exhortaciones. No eran las suyas casas de estudio; su fundador, Villacreces, quiso hombres penitentes, no estudiantes.

En el último período de su vida, años 1445 al 56, el Regalado vive ya sumergido plenamente en el océano sin límites de la contemplación divina. Sin abandonar nunca sus rigurosas prácticas ascéticas, ayuno diario, total abstinencia de carne, intensa flagelación corporal, se ve favorecido y goza de extraordinarios dones místicos. Su piedad tiene tres vertientes principales: la Eucaristía, la devoción a la Santísima Virgen y el recuerdo de la pasión del Señor. Particularmente esta última le atraía con fuerza irresistible. Muchas noches, en el cerro del Águila, próximo al convento, se le podía ver practicando el ejercicio del viacrucis con una pesada cruz de madera sobre sus hombros, sogas al cuello y corona de espinas en su frente.

La Virgen María, siempre tan amada en la Orden franciscana, se llevó también el corazón del gran penitente, y Ella anda mezclada en uno de los más famosos milagros de su vida, recogido, por cierto, en el proceso de canonización. En la madrugada de un 25 de marzo, fiesta de la Anunciación, hallábase rezando maitines en el convento del Abrojo, y sintió especial deseo de venerar a María en la iglesia de La Aguilera, a ochenta kilómetros de distancia, la cual había consagrado él a este dulce misterio. Y al instante fue transportado por los aires en brazos de los ángeles, guiado por una estrella que representaba a la Madre del Cielo. Satisfecho su piadoso deseo, fue igualmente devuelto al Abrojo sin que los frailes hubiesen advertido su ausencia. Este prodigio es el que ha servido para inspirar la iconografía del santo.

Murió el Regalado en 1456. La fama de taumaturgo que le había acompañado en vida, creció con su muerte.

La Transverberación del corazón de santa Teresa de Jesús⁶

Esta fiesta de la Transverberación del corazón de santa Teresa de Jesús tiene una significación muy profunda. Lo de menos es el fenómeno en sí. Ella lo describe preciosamente, con tal realismo que, evidentemente, el

⁶ Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada, conocida universalmente como santa Teresa de Jesús (Ávila, 28 de marzo de 1515- Alba de Tormes, 4 de octubre de 1582) fundadora de la Orden de Carmelitas Descalzos. Fue canonizada en 1614 —a poco menos de cuarenta años de su muerte—, fue proclamada doctora de la Iglesia católica en 1970, durante el pontificado de san Pablo VI. Junto con san Juan de la Cruz, se la considera la cumbre de la mística experimental cristiana y una de las grandes maestras de la vida espiritual de la Iglesia. Escribe el cardenal Antonio Cañizares Llovera: «Ávila, a lo largo de 25 años, fue receptora privilegiada y de primera mano de la palabra de Don Marcelo sobre la santa, en esa presencia ininterrumpida cada año para conmemorar en el monasterio de la Encarnación la Transverberación de Santa Teresa de Jesús —¡qué coincidencia de la Encarnación la Transverberación de Santa Teresa de Jesús!—. Pero no sólo ha sido Ávila; han sido Barcelona, Toledo, Talavera, tantos lugares como se han beneficiado de la palabra magistral de Don Marcelo, eco de la Santa Doctora. Y, después, sus escritos, sus publicaciones. Ningún obispo en España, y fuera de ella, ha superado a D. Marcelo, en esta difusión de la enseñanza doctoral de la santa» (*Marcelo González y santa Teresa*, 30 de agosto de 2014). El tomo XI de las *Obras del Cardenal Marcelo González Martín*, publicado en 2015 se dedica y titula *Santa Teresa de Jesús, hija de la Iglesia*. Además en 2003 se publicó *Véante mis ojos: santa Teresa, para los cristianos de hoy: 27 homilias* (1972-2003) en la fiesta de la Transverberación de santa Teresa, en el Carmelo de la Encarnación de Ávila. Tomamos la pronunciada el 26 de agosto de 1973. El cardenal Cañiza-

que lo lee y más si conoce el conjunto de su vida, se da cuenta de que está en presencia de una verdadera visión, no de una actitud exaltada de una visionaria. Pero digo que eso es lo de menos, y que no debe producirnos ninguna extrañeza el que las comunicaciones de Dios con santa Teresa de Jesús se manifestaran así o de otra manera.

En la *Carta a los Hebreos* leemos que la palabra de Dios penetra como espada de dos filos hasta las divisiones del alma y del espíritu y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Esa palabra de Dios, que es palabra y acción a lo largo de toda la Revelación, tal como se nos transmite en la Sagrada Escritura, se manifiesta sobre los hombres con múltiples efectos y produce esas extraordinarias manifestaciones en el corazón de cada uno de los que quieren escucharla. Es como un fuego; es un dardo; es una espada que atraviesa el alma de los hombres y descubre sus secretos. Los descubre para iluminarlos y para ofrecer una orientación segura en el camino de la vida.

Pues bien: lo mismo que hace esa palabra de Dios de una manera, diríamos "oficial", en cuanto es garantizada por la Iglesia en su expresión en la Revelación divina para conducir a los hombres por el camino de la salvación, lo mismo puede hacer la palabra de Dios dirigida de un modo especial por Él a uno de sus elegidos.

Esa palabra será un día una invitación a que santa Teresa mire con especial contemplación aquel Cristo llagado, ante el cual empieza a producirse en ella la gran conmoción que habría de llevarla a la cumbre de la santidad. O puede ser esto otro: la visión de un ángel hermoso, no muy grande, como un querubín, que con un dardo de fuego penetra en las entrañas de su amor. O pueden ser tantas y tantas llamadas y luces con las cuales Dios se le comunica a lo largo de su vida, con el fin de ayudarla en la misión especial que le había encomendado.

Yo no tengo la menor dificultad en admitir que, supuesta una relación de amor entre Dios y los hombres, se produzcan en el alma de alguno de ellos, llamado a especiales destinos por designios de Dios, comunicaciones también muy singulares. ¿Por qué vamos a extrañarnos?

La Transverberación del corazón de santa Teresa no es un fenómeno aislado en su vida, no es la exaltación de una hipersensibilidad espiritual truncada, solitaria, desconectada del conjunto de todas sus actuaciones.

res afirmaba: «parece imposible que puedan tenerse, sin repetirse, tantas homilias sobre el mismo tema, en el mismo lugar, y año tras año».

¡No! Es como una nota más en esa melodía armoniosa que es la conjunción de todos sus actos, de todos sus amores, de todas sus entregas progresivas y cada vez más intensas a Dios nuestro Señor. Y así es como hay que contemplarlo.

Tiene, digo, particular interés porque nos es muy útil hoy, en la situación actual de la Iglesia en que vivimos. He pronunciado una palabra que no empleo con gusto. Es la palabra "útil", porque da la impresión de ceder un poco ante el criterio utilitarista de la época. Pero yo la empleo deliberadamente para significar que es verdaderamente útil para la Iglesia de hoy, que conmemoremos hechos de esta índole y que sepamos encontrarnos aquí, sacerdotes, religiosos y fieles seglares en unión con esta comunidad de carmelitas descalzas.

No es fiesta únicamente para estas monjas que están ahí, tras esas rejas, en el coro desde el que participan con nosotros en el santo sacrificio de la misa. Es fiesta también para nosotros, obispos, sacerdotes, religiosos, fieles seglares metidos en el mundo hasta los ojos. Es útil que nos detengamos en la contemplación de estos fenómenos, extraños solamente para nuestra rutina; normales en la comunicación de Dios con sus almas escogidas.

Es útil, en segundo lugar, porque nos permite también conocer la grandeza de algunos elegidos: hombres, mujeres, *elegidos, sí, por Dios, pero fieles a Él con una fidelidad que en todo momento correspondió a la gracia de la elección, y que en virtud de esa conversión continua* —de que tanto hablamos hoy abusando retóricamente de la palabra y también de su contenido—, en virtud, digo, de una conversión continua de su corazón, llegan al místico desposorio: unión divina de amor entre el alma de una criatura y el Dios que la ha puesto en el mundo y la ha redimido.

Y es útil, en tercer lugar, porque nos permite también descubrir dónde están las raíces de la fecundidad espiritual de nuestros trabajos apostólicos, obispos y sacerdotes; y de los vuestros, seglares, que vivís las preocupaciones de una familia o de una profesión; y de los que afrontáis vosotros, religiosas, dedicadas a distintos ministerios según pertenezcáis a una u otra congregación.

Las raíces de la fecundidad espiritual de nuestra acción están ahí: en esas operaciones misteriosas, pero sencillas. Que son misterio porque es una comunicación extraordinaria de Dios sobre el cauce de lo más sobrenatural en relación con una criatura; es sencilla, porque se reduce a eso,

a un coloquio de un alma que cree y ama y a un Dios que da respuesta a esa fe y a ese amor. En ese sentido es sencillo, porque Dios puede convertir en sencillez las operaciones que a nuestros ojos son las más difíciles y las más incomprensibles.

Pues bien, ahí, en esa comunicación con Dios está el secreto de nuestra fecundidad. Esta es la gran utilidad de los contemplativos, de almas como estas, las carmelitas descalzas, porque viven en sus monasterios, y tantas y tantas esparcidas por el mundo y continuamente enriqueciéndose con la doctrina y los hechos de vida de santa Teresa de Jesús.

No hay vida contemplativa que no induzca a la acción, y si no se puede realizar una acción apostólica porque el género de vida lo impide, porque se vive encerrado en la clausura, el alma es capaz de romper las paredes, siempre ayudada por la gracia de Dios, y poner secretos de apostolado que darán su fruto cuando menos lo pensemos en cualquier parte del mundo donde habitan los hombres.

Las almas contemplativas, las que viven esta unión con Dios, las que se dejan traspasar el corazón con el dardo de la Palabra Divina, que puede ser una frase del Evangelio, una meditación sobre Cristo crucificado, un ángel que Dios envía, ¡qué más da!, esas almas siempre tienden a realizar —y de hecho realizan— un apostolado activo de primer orden.

Es la misma santa Teresa de Jesús la que nos expone esta doctrina precisamente cuando habla de séptima morada, y dice con palabras más o menos parecidas a estas: que le causa espanto aquellos que desean morir para gozar del Señor porque cuando se llega a este grado, lo que se anhela es no morir, sino seguir adelante, y que no se busca ya la propia satisfacción. De tal manera que, si a un alma se le asegurase poder salir de este mundo para poder gozar de Dios, esa alma rehusaría, porque lo único que querría es ayudar al Divino Crucificado y hacer que fuera más amado y más conocido donde quiera que existan hombres que puedan meditar en Él. Esto dice santa Teresa hablando de las almas que llegan al grado supremo de la contemplación, y bien visible se hizo ello en todo el conjunto de sus actuaciones a lo largo de su vida tan rica y tan fecunda.

A santa Teresa se la respeta, se la quiere; la sentimos próxima a nosotros, sabemos que está colocada, gracias a la fidelidad con que respondió a los designios de Dios, a una distancia que consideramos inaccesible a nuestra pobreza espiritual. Y, sin embargo, casi sentimos que nos va a dar la mano. Así es ella, de humana y de rica en su generosidad. Algo percibi-

mos cuando venimos aquí y nos damos cuenta en nuestro interior de que, lo mismo para la vida de la Iglesia que para las relaciones de los hombres en el mundo, hay que tener valentía y humildad a la vez, de buscar la paz del Señor; esa paz que se logra en el silencio de la oración y de la contemplación. Una paz hecha de dolor o de ternura, de amores casi infinitos y de realidades cotidianas tan duras y vulgares como las que podemos padecer cualquiera en las más normales condiciones de nuestra vida. Una paz que no es de este mundo, pero que ha sido prometida por Dios en este mundo para los que creen en Él y los que quieren seguirle.

Santa Juana De Lestonnac⁷

Santa Juana había nacido en 1556 y tuvo una existencia muy prolongada: 84 años, que no era normal en aquella época, porque la media de vida era mucho más corta. Es un caso extraordinario el suyo de desarrollo de

⁷ Santa Juana de Lestonnac nació en Burdeos en 1556, de una familia ilustre. Era hija de Ricardo de Lestonnac, consejero del parlamento de esta ciudad y de Juana Eyquem de Montaigne, hermana del célebre humanista Miguel de Montaigne. Contrajo matrimonio a los diecisiete años con Gastón, barón de Montferrand-Landirás, hijo del gobernador de Guyenne. La señora de Montferrand fue un modelo de esposa y de madre cristiana y tuvo siete hijos. Después de veinticuatro años de feliz matrimonio, enviudó y volvió a tomar los apellidos de su familia, como era usual en aquella época. Solucionado el porvenir de los cuatro hijos que Dios le había conservado, se retiró al monasterio de las Fuldenses de Toulouse, de la Orden del Cister. Es allí donde Dios la reveló los fundamentos de la Compañía que debía fundar. Los rigores del Cister le obligaron a regresar a Burdeos. Su hermano Rogelio de Lestonnac, jesuita, la puso en contacto con el Padre de Bordes, que se convirtió en un estrecho colaborador de la futura Orden, que será fundada en 1606 durante el episcopado del cardenal de Sourdis. La nueva Orden tenía como primera obligación la de imitar y honrar a la Virgen María, y por ello se llamó Orden de Nuestra Señora. Su finalidad era el apostolado directo con niñas y jóvenes a través de una educación esmerada e integral, ofreciendo una enseñanza sólida según las necesidades de cada época. A esto se unía el cultivo de la vida monástica. El espíritu de la Orden de Nuestra Señora era, a la vez, el de san Juan Evangelista y el de san Ignacio de Loyola, con su lema: "A mayor gloria de Dios". La Orden fue aprobada por el papa Paulo V el 7 de abril de 1607. En 1638 se imprimieron las Constituciones, adaptando las de la Compañía de Jesús. Dos años después, el 2 de febrero de 1640, rodeada de todas sus hijas, murió la Madre Juana de Lestonnac, pronunciando sus últimas palabras: *Jesús, José y María*. Don Marcelo estuvo muy vinculado a la Casa de Talavera de la Reina de la Orden y a su colegio *Compañía de María*. Estas palabras las pronunció en una conferencia con motivo del 350 aniversario de la muerte de la fundadora: *Santa Juana de Lestonnac y los valores de la educación católica* (8 de febrero de 1990).

una existencia humana conforme a un plan muy seriamente trazado, desde un punto de vista del pensamiento humano, y muy providencial.

Muy piadosa en su niñez y adolescencia, pugna por librarse de la influencia nefasta de su madre, porque su madre era calvinista, y se logra en ella que triunfe la educación católica que trataba de darle su padre. Joven prudente, prometida y esposa, madre de siete hijos, viuda y religiosa por fin, en la última etapa de su vida, que tampoco es breve: unos 40 años más en que hace diversos intentos de ver cómo puede consagrarse a Dios para poder realizar lo que es su vocación más honda.

Daba la impresión de que todo lo anterior había sido una preparación para cuando llegara este momento. Deseosa, digo, de consagrarse a Dios por completo, entra en la Orden cisterciense y su salud no le permitió resistir las penitencias y mortificaciones tan duras de una Orden exclusivamente dedicada a eso, a orar, contemplar y padecer. Su organismo no resistió y tuvo que salir de las cistercienses.

Y empieza a dar vueltas a otro proyecto de vida que va madurando poco a poco, hasta que se encuentra con algunos jesuitas que influyen en ella, desde el principio, en un gran sentido determinado; de tal manera que incluso el nombre de la Orden a la que ella daría origen, la Compañía de María, pues viene a ser como una imitación del nombre de la Compañía de Jesús. Y bajo estos Padres y el arzobispo de Sourdis, después cardenal de Burdeos, va logrando, poco a poco, que se consolide la asociación religiosa, y en el año 1607 empieza a existir con una fecundidad prodigiosa.

A lo largo ya de todo el siglo XVII, la *Compañía de María* se extiende por diversos sitios y se caracteriza desde el primer momento por la seriedad de la formación de sus novicias y junioras. La formación de estas religiosas, sin duda también un poco pensando e imitando a la Compañía de Jesús, era enormemente profunda. Formación humanística, estudio de latín y de griego, ciencias, con arreglo a los niveles que entonces se conocían y esmeradísima formación religiosa, para la cual no bastan los años de Noviciado, ni siquiera los primeros años de enseñanza, sino que tienen que transcurrir varios periodos en el ejercicio de la actividad docente hasta que pueden lograr las religiosas el título de maestra de formación para sus colegios y centros de enseñanza. De ahí que muy pronto, a medida que iban extendiéndose por Europa, las hermanas de la Orden religiosa tuvieron un prestigio inmenso y siempre les acompañó por donde-

quiera que han aparecido: el prestigio de su formación intelectual y el de su intensa vida espiritual.

Se han distinguido, y fue una peculiaridad de la Fundadora, por el hecho de ser religiosas a la vez de vida activa y de vida contemplativa. Yo he tenido la suerte de conocerlas en todo momento. Recuerdo el colegio de Valladolid, el de la Enseñanza, porque se ha llamado así esta Orden también. Era tal el afán de ella de que se enseñase a las mujeres a ser mujeres, a ser cristianas, y a ser mujeres cultas; enseñar, enseñar... romper las cadenas de la ignorancia, fomentar la cultura... que se generalizó este nombre: *las religiosas de la Enseñanza*. Recuerdo, digo, ese colegio de Valladolid, a la sombra de cuyos muros yo tenía que pasar casi un diario para ir a dar clase en el Seminario. Después, Barcelona; también en Roma, en Vía Nomentana, luego aquí en Talavera. Cuando llego como arzobispo de Toledo en el año 1972, me preocupo de saber enseguida qué estructuras religiosas tenemos, qué instituciones. Y me encuentro con la Compañía de María de Talavera...

San Enrique de Ossó⁸

Don Enrique oraba ante el Sagrario frecuentemente, prolongadamente. A veces se levantaba a media noche y en la quietud de las altas horas nocturnas, llenas de solemnidad y de silencio, tensaba las cuerdas de su espíritu poniéndole en comunicación con Dios.

⁸ San Enrique de Ossó y Cervelló (16 de octubre de 1840 - 27 de enero de 1896). Siendo joven vive la experiencia de la enfermedad y la muerte de su madre, que le expresa el gozo que le daría si fuera sacerdote. A los 14 años huye a Montserrat y pide ingresar en el seminario de Tortosa. Muy pronto se verá inundado por una experiencia honda de Dios, que va gestando en él a un apóstol con deseo de dar a conocer a Jesús. Catequista, maestro, sacerdote. Su deseo primero: «Seré siempre de Jesús, su ministro, su apóstol, su misionero de paz y amor». Empieza a desplegarse y a fecundar la tierra donde vive, Tortosa. ¿Su estrategia? ¡Primero los niños!, ¿su pasión?, ¡que conozcan a Jesús!, ¿su visión?, ¡por los niños a la conquista de los hombres! En poco tiempo los niños irán siendo transformadores de su entorno familiar y social. 1872: desierto de Las Palmas, Castellón. Enrique de Ossó tiene 32 años y vive una experiencia espiritual que marcará para siempre su existencia. Descubre en Teresa de Jesús el sentido, la clave, la inspiración, la fuerza para dar respuesta a la realidad que le toca vivir. Ya no puede mirar la vida sino por los ojos de Teresa de Jesús. Ya no puede desear otro modo de amar sino el que aprende de Teresa, ya no puede saciar su sed sino en el mismo pozo en el que ella sació la suya, Jesús. Volver la mirada a Teresa de Jesús y adentrarse en su experiencia le

Véase lo que escribe, al dar cuenta en la Revista Teresiana de la vigilia de oración que se celebró en el Noviciado, la noche anterior a la fiesta de santa Teresa:

«Quisiéramos que esta costumbre santa, que recuerda las santas vigili-
as de los primitivos cristianos, se propagase entre los fieles y amantes de la Santa y de los santos, practicándose en todas las vigili-
as de las festividades de los santos a quienes profesamos especial devoción y de los que esperamos recibir gracias especiales. Es tan dulce y consolador, tan devoto y tan grato al corazón que espera y ama, en aquella hora en que la naturaleza duerme y el silencio reina, y el alma está más libre para elevarse a Dios, cuando callan las criaturas, el orar, que aunque cuesta algún sacrificio, se ve después recompensado con creces por el Dios de la consolación. Parece que el alma está más cerca de Dios, y es oída mejor cuando callan todas las criaturas. Probadlo y lo veréis, amantes teresianas».

Llegó a tener tal hábito de oración y de presencia de Dios, que a cuantos le trataban les infundía un sobrenatural respeto, porque en su actitud externa acusaba no una modestia forzada y superpuesta, sino un hábito interior que manifestaba a las claras la fuerza que le poseía. Cuidaba con tanto esmero su vida de oración que por eso se retiraba frecuentemente a Montserrat o al Desierto de las Palmas, para pasar allí días y días, exclusivamente entregado al trato con Dios.

No es extraño que el P. Sala, del Oratorio de San Felipe Neri, director espiritual suyo en Barcelona, llegase a decir en cierta ocasión que la Compañía de Santa Teresa se sostenía, más que por el trabajo de las religiosas, por la oración de don Enrique.

llevan a sentir la necesidad de 'consagrarse en exclusiva a la misión teresiana', hasta convertirse en fundador y en uno de los grandes *teresianistas* del siglo XIX. Fundador de la Congregación de Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, popularmente conocida como *Teresianas*. Don Marcelo escribió una biografía de este en 1953. Asistió a su beatificación en Roma el 14 de octubre de 1979 y a su canonización en Madrid el 16 de junio de 1993, ambas presididas por san Juan Pablo II. Con ocasión de la canonización escribió una *tercera* de ABC: «Cuando escribí su vida creí acertado resumir lo que, a mi juicio, señalaba el secreto de su fecundidad apostólica en este título: Don Enrique de Ossó o la fuerza del sacerdocio. De ahí, de su espíritu sacerdotal equilibrado, sereno, profundo, brotaron en él las caudalosas energías que desplegó, con esfuerzo admirable, al servicio de la Iglesia y la sociedad de su tiempo». Tomamos este texto del capítulo LXII de su libro: *Cómo vivió el sacerdocio*. 2. Su vida de oración. La Santa Misa.

Léanse sus innumerables artículos sobre la oración, sus libros llenos de meditaciones y prácticas de oración, los reglamentos de las asociaciones que fundó, y se le verá obsesionado con la idea de la oración por encima de todo. Que se ore en el mundo, que se ore en España, que hagan oración las familias, las niñas de los Rebañitos, las jóvenes, los hombres, que oren todos..., esta es su idea continua, perseverantemente repetida, con una insistencia incansable y creciente.

Pero la gran oración suya fue el santo sacrificio de la Misa. ¡Aquellas Misas de don Enrique! Las religiosas de los primeros tiempos, que le conocieron y trataron de cerca, han conservado con amor el recuerdo del gran sacerdote en el altar. Lo mismo los benedictinos de Montserrat y los franciscanos de *Sancti Spiritus*.

Un día, en Roma, celebraba el santo sacrificio en las catacumbas. Acertó a pasar por allí un grupo de turistas franceses. Al observarle quedaron tan sobrecogidos, que hubieron de preguntar: ¿Quién es ese sacerdote que está celebrando? Me imagino la íntima alegría de las madres Saturnina y Teresa Plá al poder dar satisfacción a la pregunta.

Preparaba diariamente su misa como el acto cumbre y único entre todos. Después de la ración de la mañana, bajaba a la capilla, se concentraba durante veinte minutos, celebraba, y todavía seguía de rodillas después, por espacio de media hora, ensimismado y absorto en la acción de gracias. Como además durante el día hacía repetidas visitas al Sagrario, no es nada extraño que apareciese en una actitud habitual de recogimiento y devoción, llena de suave gravedad y compostura, que hacía exclamar a los que le conocían: ¡Es un santo!

Mártires de la Persecución Religiosa de 1936⁹. Torrentes de energías del Espíritu al servicio del Evangelio

Escribo estas líneas movido por sentimientos de veneración y respeto a la memoria de los sacerdotes de la diócesis de Ávila, que murieron por amor a Jesucristo y a la Iglesia en los trágicos días de 1936. Quince

⁹ Los historiadores han recopilado datos durante años sobre esta persecución. Si hubo un intento de acabar con todo lo relacionado con la Iglesia. En algunos sitios casi lo consiguieron. De este modo, en España, que en este caso se centra en la retaguardia del bando republicano, se asesinó a 4.184 sacerdotes, 2.365 frailes y religiosos, 296 monjas y más de 3.000 seglares. En total, unos 10.000 muertos por el delito de ser católicos y no renegar de ello. De ellos, unos 3.000 fueron asesinados entre julio y agosto.

de ellos regentaban parroquias que hoy pertenecen al arzobispado de Toledo. El autor del libro, don Andrés Sánchez canónigo archivero de la catedral de Ávila.

Cuando estas parroquias de Ávila pasaron a pertenecer a la diócesis de Toledo, se sintieron unidas enseguida por los lazos de la fraternidad cristiana de nuestro arzobispado, no sólo por la fe común y las costumbres sino también por la sangre de los sacerdotes "mártires", que se incorporaba a la que habían derramado más de trescientos ministros del Señor en tierras toledanas. Humanamente hablando, ¡qué espantosa inútil carnicería y qué barbarie! Pero a la luz del misterio de la Iglesia —signo de contradicción, como Jesucristo, en el mundo—, ¡qué torrente de energías del Espíritu al servicio del Evangelio!

Este libro, como los que en su día escribió don Juan Francisco Rivera sobre el martirologio de Toledo, servirá también para que los sacerdotes hoy destinados a aquellas o a estas parroquias, alimenten su capacidad de abnegación pastoral y sacrificio constante con el recuerdo no lejano de esos otros que entonces murieron, cuyas firmas pueden encontrarse en los libros parroquiales de aquellos años, si es que el vandalismo destructor se detuvo a las puertas de los modestos archivos que los guardaban.

to de 1936. Una persecución furibunda que no encontró en el bando republicano ningún tipo de freno por parte de los dirigentes. Igualmente, ejecutaron a trece obispos. Doce de ellos murieron en 1936. Prelados de Jaén, Tarragona, Ciudad Real Lérida, Barcelona, Cuenca, Guadix, Sigüenza, Orihuela, Segorbe, Almería y Barbastro murieron al comienzo de la contienda. Tan sólo el de Teruel murió cerca del final de la guerra. Especialmente cruel fue la muerte del obispo de Barbastro. Esta diócesis fue literalmente barrida de sacerdotes. Empezando por el obispo y terminando por los seminaristas. Todo el seminario fue asesinado, así como el 88 por ciento del clero de la diócesis. Los que no murieron fue porque lograron huir. Otras diócesis también sufrieron la pérdida de un porcentaje altísimo de sus sacerdotes. En Málaga, prácticamente, mataron a la mitad de su clero, al igual que en Toledo y Menorca. Por encima de la mitad estuvo la diócesis de Segorbe. Aunque con porcentajes menores, hubo otras diócesis con números absolutos escalofriantes. En Madrid fusilaron a 334 sacerdotes, el 30% de su clero, mientras que en Valencia perdieron al 27%, con 327 víctimas mortales. Todo ellos, en la retaguardia republicana. En *Pasión y gloria de la Iglesia abulense* (1987), martirologio escrito por Andrés Sánchez Sánchez, el prólogo fue escrito por Don Marcelo. En él nos ofrece un espléndido resumen de ideas que ayuda a comprender el tema martirial. Y son sobre todo alentadoras las referencias hechas para que no caiga en el olvido la santidad de nuestros mártires.

La guerra española tuvo mucho de cruzada en defensa de la fe, tanto por lo menos como de enfrentamiento social y de odio político entre hermanos llevado hasta la desesperación. Admitido esto de buen grado, pienso que es absolutamente necesario acercarse a los hechos individualizados y concretos, y narrarlos tal como sucedieron para que no se pierda el valor de los mismos entre la fronda de las reflexiones subjetivas.

Cuando se habla de los más de siete mil sacerdotes asesinados en nuestra guerra, surgen enseguida referencias a la inadaptación de la Iglesia española a los tiempos, su beligerancia en el campo de la política, su separación de la clase obrera, la alianza con los ricos, etc., con lo cual se incurre en graves inexactitudes, en tópicos que impiden un juicio sereno, en parcialismos apasionados. Y se pierde el valor de los hechos, que terminan por ser olvidados, en fáciles consideraciones a las que se inclina el gusto de quien escribe o habla.

La muerte violenta de tantos sacerdotes españoles, y aún de muchos seglares católicos, en aquellos días, tiene características propias y singulares: *el odio a la fe por parte de quienes mataron, y el testimonio espléndido en favor de esa fe por parte de quienes murieron. Aceptación humilde de la persecución, confianza en Dios, fortaleza ejemplar, perdón y amor a sus mismos enemigos*, fueron actitudes que brillaron con singular esplendor en aquellos buenos pastores del pueblo de Dios, a la hora de ser arrancados de su grey para condenarlos a muerte ignominiosa.

Este es el valor de los hechos, *que la Iglesia no puede olvidar*, porque son el obsequio que ellos, hijos suyos, ofrecieron a Jesucristo, el primer mártir, a quien quisieron imitar con amor innegable.

Para conseguir este clima reconciliador [entre todos los españoles] sería tan injurioso como vano sepultar en el olvido las lecciones de vida que, con su muerte, nos dieron los sacerdotes de tantas diócesis de España: nada de polémicas, nada de consideraciones políticas, ningún ataque o impugnación a nadie; que hablen los hechos, esto basta.

Pero, ¿quién no inclinará su frente y cerrará sus ojos, cegado por tanta luz, cuando contemple la muerte de ese párroco de Almendral de la Cañada, don José Saiz Rodríguez, de 35 años de edad y cuando vea el comportamiento de sus hermanas con el que le asesinó? ¿O entre el sacrificio del coadjutor de Oropesa, don Nicéforo Pérez, "lidiado" en el patio del castillo que convirtieron en plaza de toros, y ultrajado en su cuerpo con saña infernal y de la manera más inverecunda imaginable? ¿O cuando don Cé-

sar Eusebio Martín, también de Oropesa, ordenado sacerdote sólo cinco años antes, se vuelve hacia los milicianos que iban a fusilarle y exclama: «Que Dios os perdone como yo os perdono». De él dijo después su madre: «Mi hijo se pasaba aquellos días leyendo historias de mártires y rezando. Expresaba muy anhelantes deseos de ser uno de ellos. Por eso, no opuso resistencia alguna cuando llegaron los milicianos a buscarle».

Y así tantos otros, que nunca hicieron daño a nadie, que amaron a todos, que predicaron el Evangelio como mejor supieron y pudieron hacerlo, que creyeron en Jesucristo hasta el final, que sirvieron a la Iglesia y a la sociedad, a esta suya y nuestra patria española de ayer y de hoy, tan fácil para olvidar, para cambiar, para acusar

San Josemaría Escrivá de Balaguer¹⁰

Varias veces hablé con el fundador del Opus Dei, Josemaría Escrivá de Balaguer. En Roma, donde vivía, y en Madrid, por donde pasaba con destino a sus viajes apostólicos o al volver de los mismos, después de ha-

¹⁰ San Josemaría Escrivá de Balaguer nació en Barbastro (Huesca) el 9 de enero de 1902. El matrimonio Escrivá dio a sus hijos una profunda educación cristiana. En 1915 quebró el negocio del padre, comerciante de tejidos, y la familia se trasladó a Logroño, donde el padre encontró otro trabajo. En esa ciudad, Josemaría, después de ver unas huellas en la nieve de un religioso carmelita, intuye que Dios desea algo de él, aunque no sabe exactamente qué puede ser. Piensa que podrá descubrirlo más fácilmente si se hace sacerdote, y comienza a prepararse, primero en Logroño y más tarde en el seminario de Zaragoza. Siguiendo un consejo de su padre, estudiará también la carrera civil de Derecho en la Universidad de Zaragoza como alumno libre. José Escrivá muere en 1924, y Josemaría queda como cabeza de familia. Recibe la ordenación sacerdotal el 28 de marzo de 1925 y comienza a ejercer el ministerio en una parroquia rural y luego en Zaragoza. En 1927 se traslada a Madrid, con permiso de su obispo, para obtener el doctorado en Derecho. En Madrid, el 2 de octubre de 1928, Dios le hace ver la misión para la que, desde tiempo atrás, le venía preparando interiormente, y funda el Opus Dei. Desde ese día trabaja con todas sus fuerzas en el desarrollo de la fundación que Dios le pide, al tiempo que continúa con el ministerio pastoral que tiene encomendado en aquellos años, que le pone diariamente en contacto con la enfermedad y la pobreza en hospitales y barriadas populares de la ciudad. Al estallar la guerra civil, en 1936, la persecución religiosa le obliga a refugiarse en diferentes lugares. Ejerce su ministerio sacerdotal clandestinamente, hasta que logra salir de Madrid. Después de una arriesgada travesía por los Pirineos hasta el sur de Francia, se traslada a Burgos. Cuando acaba la guerra, en 1939, regresa a Madrid. En los años siguientes dirige numerosos ejercicios espirituales para laicos, sacerdotes y religiosos. En el mismo año 1939 termina sus estudios de doctorado en Derecho. En 1946 fija su residencia en Roma. Obtiene el doctora-

ber sembrado la semilla de la palabra y la gracia de Dios. Porque eso fue toda su vida: **un sembrador incansable**. Las cosechas no las retenía en su mano; las volvía a sembrar inmediatamente en beneficio de todos.

Me he preguntado cuál sería el secreto de este gran sacerdote del Reino de Cristo en la Iglesia de nuestro tiempo. Y he aquí la reflexión que hago a raíz de su muerte, que hirió su corazón con un movimiento brusco y suave a la vez, como eran los suyos propios. ¡Cuánto ardimiento en aquel hombre excepcional, que se pasó la vida sin conocer el sosiego, ni siquiera el que proporciona a tantos otros la última enfermedad!

Capacidad para el entusiasmo por las causas grandes, tesón invencible, optimismo reflexivo, minuciosidad en la ejecución, delicadeza suma para los detalles...; he aquí algunos rasgos de su condición humana. Cuando coinciden en una persona, la hacen capaz de grandes resoluciones y la disponen para el triunfo, empleando esta palabra en su valor puramente objetivo, como sinónimo de logro de lo que uno se propone.

El fundador del Opus Dei consiguió muchos de sus propósitos; el primero de todos, dar vida, sólido arraigo a una obra a la que se entregó totalmente, la asociación que predica y promueve la santificación del hombre en medio del trabajo ordinario de la vida. Esto, que era tan sencillo y tan evangélico, estaba prácticamente olvidado.

Pero para poder explicar el éxito en esta empresa, no basta acudir al carácter de quien la acometió; no está ahí el secreto. Porque la empresa es de índole sobrenatural y, por mucho que ayuden las condiciones personales del que la promueve, como instrumento eficaz, se necesita otra clave mucho más íntima y radical. Un carácter humano, por muy dotado que esté para la perseverancia y el entusiasmo en el servicio a una causa, si

do en Teología por la Universidad Lateranense. Es nombrado consultor de dos Congregaciones vaticanas, miembro honorario de la Pontificia Academia de Teología y prelado de honor de Su Santidad. Sigue con atención los preparativos y las sesiones del Concilio Vaticano II (1962-1965), y mantiene un trato intenso con muchos de los padres conciliares. Desde Roma se ocupa con gran intensidad de la formación de los miembros de la Obra y de impulsar la expansión por todo el mundo. Después de su fallecimiento en Roma, el 26 de junio de 1975, varios miles de personas, entre ellas numerosos obispos de distintos países —en conjunto, un tercio del episcopado mundial—, solicitan a la Santa Sede la apertura de su causa de canonización. San Juan Pablo II lo beatifica en 1992, y diez años después, lo canoniza —el 6 de octubre de 2002—, en Roma. Marcelo GONZÁLEZ MARTÍN, «¿Cuál sería su secreto?», publicado el 24 de agosto de 1975 en *ABC* tras el fallecimiento de san Josemaría.

sólo cuenta con sus propios recursos instrumentales, se dispersa en la inoperancia real, cuando la causa es precisamente vivir enamorado de la santidad y comunicar a los demás el mismo amor. Su actividad se convierte entonces en activismo; su palabra, en grito o en susurro; pero nada más, y la energía de su voluntad se transforma en puro afán de mando. Nada de esto sirve para llevar por los caminos de la perfección cristiana. El que lo intente fracasará a las primeras de cambio.

Monseñor Escrivá tuvo tiempo para «fracasar». Los casi cincuenta años transcurridos desde que fundó la asociación hasta el momento actual (1975), dan de sí lo suficiente para sentirnos obligados a contemplar con inmenso respeto el proceso de una obra que, como es frecuente en la historia de la Iglesia, ha encontrado enormes dificultades para su desarrollo. Pero él, Escrivá, no las rehuía. Sabía que las dificultades forman parte del plan de Dios y las aceptaba con la humildad característica del que tiene fe.

Sumergido para siempre en la vivencia cálida del misterio de la Iglesia, más que enfrentarse con las dificultades, lo que hacía era incorporarlas y asimilarlas hasta hacerlas correr dentro de su sangre como un alimento más de su vida de fe. De ahí que lo que parecía optimismo temperamental era más bien realismo cristiano, que ni se arredra ni huye por muy oscuro que se presente el horizonte. Era la Iglesia de Cristo la que invitaba a trabajar así, porque así tienen que ser siempre las cosas para los seguidores del que llevó la cruz.

Su amor a la Iglesia era amor al Papa, a los obispos, a los sacerdotes, al Magisterio eclesiástico, al culto litúrgico y a la devoción privada, y desde ahí a los hombres de toda condición porque para ellos era esa Iglesia tan amada, y mal podía ser querida esta si no lo eran a la vez todos los que, dentro o fuera del redil, eran en la intención del Salvador beneficiarios de sus dones. Esto es amor a la Iglesia, quererla tal como es en sí, sin echar agua al vino, y quererla para todos.

El universalismo del Opus Dei, en la extensión geográfica y en la diversidad de las personas llamadas, y las originalidades en la concepción de la obra y en sus métodos de apostolado obedecía a esta identificación tan cabal del fundador con el misterio de la Iglesia. No le demos vueltas. Sorprendente y a veces desconcertante en sus expresiones y en sus anhelos apostólicos, monseñor Escrivá no guardaba otras sorpresas ni producía otros desconciertos que los de la misma Iglesia, a la que servía como

un enamorado lleno de confianza y persuadido de que la Iglesia es siempre original. Él no fracasó nunca y lo que hubo de «no logro» de determinados propósitos parciales en su vida formaba parte del plan, no en virtud de un juego de consolaciones artificiales y forzadas, sino como oblación que había que ofrecer porque así es la Iglesia.

Tres grandes fuerzas animaban su vida interior, presentes cada día y cada hora en su espíritu, de valor supremo e insustituible para vivir como hijo de la Iglesia en su doble dimensión mística (amor al misterio de la esposa de Cristo) y apostólica (dinamismo de una fe que aspira a renovar el mundo). Eran: *la Eucaristía*, particularmente el santo sacrificio de la Misa (sentido de redención); *amor a la humanidad de Cristo niño, hombre, muerto y resucitado* (sentido de encarnación de la fe en el mundo), y *amor vivísimo a la Santísima Virgen María*, de la cual no quería ver separado a *san José* (sentido de familia de los hijos de Dios que tienen junto a sí motivos de gozo, al encontrarse con la belleza espiritual y la ayuda materna de María).

Esta triple fuerza, que caldeó su vida, le movió a lanzarse a la gran tarea: santificar a los hombres tal como son, tal como viven, tal como tratan. Su sacerdocio lo entendió así, y toda su vida fue como la prolongación de una misa ininterrumpida que glorificaba al Padre, trataba de obtener el perdón para el pecado mediante la gracia sacramental, y ponía el trabajo profesional y las preocupaciones familiares como una hostia purificada junto al altar. Todo esto es lo que percibí en las conversaciones que tuve con él, y también lo he captado en sus escritos, y lo vengo comprobando en los sacerdotes del Opus Dei que he conocido. ¿Era este su secreto?

Por supuesto que esas fuerzas a que he hecho alusión, cuando se convierten en motor de una existencia humana iluminada por la fe, hacen del hombre un servidor de Dios, de Jesucristo y de la Iglesia hasta el heroísmo. Pero, ¿por qué? ¿Por qué en unos la respuesta es tan plena y en otros tan escasa? Hace falta encontrar otra clave, que es también fruto de la gracia, desde luego, pero que comporta igualmente una actitud o disposición inicial capaz de explicar el secreto de la perseverancia y la generosidad en el amor. Es ese pequeño toque, matiz delicadísimo en la relación de un alma con Dios, del que en un momento dado dependen, con frecuencia, todas las generosidades para la acogida de lo que Dios ofrece y para la respuesta a lo que pide. Yo lo llamo pobreza, en el sentido

evangélico de la palabra. Algo así como en María, la Santísima Virgen, Madre de Dios. ¡Qué corazón tan pobre, es decir, tan limpio, en la doncella de Nazaret cuando recibió el mensaje del cielo! ¡Y qué riqueza había, sin embargo, en su entrega a la voluntad de Dios! Sólo estos pobres son los que se dejan llevar y, por tener el alma limpia, los motores funcionan. Después, por el camino más inesperado viene lo que viene siempre, el triunfo de Dios en ellos.

De monseñor Escrivá se ha dicho que, a veces, parecía un niño, que arreglaba un problema grave con una broma, que huía de la tristeza como de la peste, que concebía o impulsaba la fundación de una Universidad o de una editorial con el más vivo entusiasmo, pero no con mayor empeño que el que ponía para rezar el Rosario, por ejemplo, o para ayudar privadamente a quien se lo pedía, que contagiaba a los demás el deseo y la dicha de la gracia y la verdad de Dios, que no se reservaba nada teniendo lo todo, que lanzaba a sus hijos hacia el mundo al que amaba, y vivía totalmente apartado del mundo, que no temía a personas ni acontecimientos porque no tenía nada que perder... ¿Qué significa todo esto más que el limpio resplandor de un corazón pobre, no instalado, desprendido, abierto a todos, saturado de confianza en Dios en medio de las mayores pruebas? Esta es la pobreza evangélica auténtica, aunque el que así la vive se dedique a movilizar todos los recursos imaginables para servir a Dios y a los hombres. Acaso esté aquí el secreto que explica algo de su vida.

Por haber sido así desde los años primeros de su sacerdocio, tan disponible a la acción de Dios, fue encontrado apto, en su pequeñez de esclavo, para las más grandes tareas apostólicas. Hay miles de detalles en su vida que lo confirman así. Y no es necesario pertenecer al Opus Dei para conocerlos, ni para comprender que donde existe esa pobreza, se ama apasionadamente la verdad y se alcanzan resultados inimaginables. Basta tener un poco de sensibilidad sacerdotal, recta y justa, para sentir la noble curiosidad de saber a qué puede deberse el formidable despliegue de tantas energías al servicio del Evangelio, como es el que encontramos en la vida de Josemaría Escrivá de Balaguer.

Mucho antes del Concilio Vaticano II trabajó él, como nadie, en la promoción del laicado, en la auténtica y profunda promoción, no en las ridículas y tristes experiencias que tanto han abundado y siguen haciendo acto de presencia en los años del posconcilio, y en el campo del ecumenismo, y en el diálogo con el mundo moderno, y en el reconocimiento efectivo de la sana autonomía de las realidades temporales.

Precisamente por eso, ahora, cuando tantos se mueven alocadamente, sin rumbo, porque su frivolidad les priva de la luz, él supo mantenerse tan firme y enhiesto en la roca de la fidelidad sin convertirse jamás en un futurólogo insustancial que, creyendo atisbar el porvenir, consiente en que el presente se le desmorone entre las manos. Porque supo ser un auténtico progresista, fue también —como no puede ser menos— un conservador denodado y valiente, de la raza de los mártires y los confesores de la fe, o simplemente del linaje espiritual de los que, a imitación de María, saben conservar en su corazón de pobres del Reino lo que debe ser conservado siempre para ser fieles.

Yo espero y deseo que sus hijos, los sacerdotes y los laicos, sepan seguir este camino. La Iglesia española y la Iglesia universal necesitan de su testimonio en este sentido.

San Juan Pablo II¹¹

Guardo un recuerdo imborrable de la jornada del 21 de octubre de 1978 en Roma. Por las calles, sobre todo en las zonas próximas al Vaticano, se veían grupos de peregrinos, procedentes de muy diversas partes

¹¹ San Juan Pablo II —Karol Józef Wojtyła— (Wadowice, Polonia, 18 de mayo de 1920- Ciudad del Vaticano, 2 de abril de 2005), fue el 264 papa de la Iglesia católica desde el 16 de octubre de 1978 hasta su muerte en 2005. Tras haber sido obispo auxiliar (desde 1958) y arzobispo de Cracovia (desde 1962), se convirtió en el primer papa polaco de la Historia, y en el primero no italiano desde 1523. Su pontificado, de casi 27 años, fue el tercero más largo en la historia de la Iglesia católica, después del de san Pedro y el de Pío IX. Juan Pablo II jugó un papel decisivo para poner fin al comunismo en su Polonia natal y, finalmente, en toda Europa, así como para la mejora significativa de las relaciones de la Iglesia católica con el judaísmo, el islam, la Iglesia ortodoxa oriental, y la Comunión anglicana. Entre los hechos más notorios de su pontificado destacó el intento de asesinato que sufrió el 13 de mayo de 1981, mientras saludaba a los fieles en la plaza de San Pedro, a manos de Mehmet Ali Ağca, quien le disparó a escasa distancia entre la multitud. Tiempo después, el terrorista fue perdonado públicamente por el pontífice en persona. Realizó 129 viajes apostólicos durante su pontificado. Como parte de su especial énfasis en la llamada universal a la santidad, beatificó a 1340 personas y canonizó a 483 santos, más que la cifra sumada de sus predecesores en los últimos cinco siglos. Benedicto XVI presidió su beatificación el 1 de mayo de 2011, domingo de la Divina Misericordia; y fue canonizado junto con el papa Juan XXIII el 27 de abril de 2014, otra vez domingo de la Divina Misericordia, por el papa Francisco. Don Marcello escribió el prólogo para la edición en lengua castellana de la obra del cardenal Karol Wojtyła, *Signo de contradicción* (noviembre de 1978) Meditaciones del cardenal Wo-

del mundo, que habían llegado a la Ciudad Eterna para asistir al día siguiente a la misa solemne, con que inauguraría su pontificado el nuevo papa Juan Pablo II.

Llamaban mi atención, sobre todo, las religiosas y sacerdotes polacos, que se habían anticipado en su llegada y acompañaban a otros compatriotas suyos en los primeros recorridos por la Plaza de San Pedro.

Wojtyla, hijo de esa nación que «tiene como norma decir sí únicamente a Dios, a la Iglesia y a su Madre».

Me contaba un día en Roma, durante el conclave, un cardenal italiano, huésped durante una semana del arzobispo de Cracovia en su palacio arzobispal hace unos años, que al entrar en la capilla privada del palacio, vio una mesa con algunos objetos de escritorio. Pronto supo que ello se debía a que el cardenal Wojtyla tenía la costumbre, según le dijeron, de escribir los guiones de sus homilias y discursos religiosos precisamente en la capilla, en ambiente de oración.

Un periodista entrevistaba a la mujer que durante años había cuidado de la vivienda privada del cardenal Wojtyla desde antes de ser obispo. Pudimos verla todos, cuando recibió la comunión de manos del Papa en la solemne ceremonia de la Plaza de San Pedro. «Rezaba mucho», dijo a la pregunta de los periodistas. «Algunas veces le he visto postrado en tierra en su capilla, con el rostro pegado al suelo. Pasaba largos ratos allí, aun con el frío del invierno. Pero, ¿por qué digo estas cosas?...». Y la buena mujer enmudeció como arrepentida de lo que podía parecer una indiscreción. No lo era ciertamente.

[...] Aquella humilde mujer ponía cada día un ramo de flores frescas en el altar. Las cultivaba el mismo Wojtyla —se nos ha dicho— en el jardín del Arzobispado.

Recuerdo el momento del Cónclave de octubre de 1978 en que, ya elegido Papa y vestido con la sotana blanca, pero todavía en la Capilla Sixtina, teníamos que acercarnos los cardenales, uno por uno, a ofrecerle nuestro respeto y obediencia. Él estaba sentado en su sede, recogida la mirada y el rostro más bien inclinado hacia abajo, que solamente levantaba cuando tenía junto a sí, arrodillado, al cardenal que se había acercado¹².

Wojtyla en los Ejercicios Espirituales que predicó a san Pablo VI y a los prelados de la Curia romana en la Cuaresma de 1976.

¹² Marcelo GONZALEZ MARTÍN, «El Papa de los grandes servicios», ABC, 20 de agosto de 1989.

Entre los primeros, por su antigüedad en el Colegio Cardenalicio, fue el primado de Polonia, el venerable y heroico luchador cardenal Wyszyński. Cuando el Papa se dio cuenta de quién era, no permitió que siguiera arrodillado, sino que se levantó, hizo levantarse también a quien le saludaba y ambos se fundieron en un abrazo conmovedor que hizo prorrumpir en un aplauso fervoroso a todos los cardenales que allí estábamos. Así estuvieron algún tiempo, sollozando. Cuando se separaron, mientras el primado volvía a su asiento, con el gozo y la congoja mezclados en su alma, el papa Wojtyla le siguió con la mirada intensamente afectuosa y a la vez entristecida. En aquel abrazo acababa de hacerse visible el homenaje de la Polonia católica y mártir a la Santa Iglesia. ¡Los dos cardenales habían trabajado y sufrido tanto por mantener en su pueblo la perseverancia y el vigor de la fe!

Después de la ceremonia y tras el canto del *Te Deum* ritual, le acompañamos a la gran balconada de la basílica desde donde saludó y bendijo por primera vez al pueblo romano, al presentarse humildemente como un hombre “venido de lejos”. Que, sin embargo, lograba desde el primer instante situarse tan junto al corazón de quienes le aclamaban.

Pronto pudimos intuir, ya en la primera audiencia que concedió al Colegio Cardenalicio antes de que saliéramos de las estancias vaticanas en que habíamos vivido aquellos tres días, que su rica personalidad, llena de energía y capacidad apostólica, se entregaría incansable al difícil trabajo que le esperaba. Conocíamos muchos aspectos de su vida y de las cualidades que le adornaban, por eso precisamente había sido elegido. Pero había algo que solamente se presentía, aunque con muy sólido fundamento: su actitud de servicio a los hombres de nuestro tiempo desde el Evangelio y para el Evangelio, como corresponde a la misión de un Papa.

Pero ha sido Juan Pablo II, el que, sin descuidar la atención a las existencias del gobierno de la Iglesia en sí misma, ha saltado desde el Vaticano a todos los espacios físicos y sociales del mundo de hoy buscando al hombre, esté donde esté, con tanta dedicación como si todos fueran hijos suyos, y con tanto respeto a la vez que nadie puede acusarle de intromisión indelicada. Son servicios que él se cree obligado a prestar. Servicios al mundo, a la humanidad, porque piensa que el camino de la Iglesia hacia Cristo pasa por el hombre. Juan Pablo II está aplicando, con más intensidad que nadie, lo que pide la Constitución *Gaudium et Spes*, en cuya redacción tomó parte principal cuando era uno de los padres conciliares.

Los viajes por el mundo son servicios mediante los cuales ha acercado el Evangelio también a millones de hombres y mujeres que apenas sabían nada de Jesús, el Salvador. ¿No es este el mejor servicio que ha de prestar todo apóstol que quiera seguir el camino iniciado por los doce después de Pentecostés?

Ha defendido los derechos humanos de los hombres y de los pueblos en países de África, América y Europa con intrepidez y serena decisión. Ha recordado a las diversas naciones en conflicto –caso de Argentina y Gran Bretaña– o en vías de padecerlo, cuáles son sus deberes en nombre de la justicia y de la paz. Se reúne con científicos, incluso no creyentes, para tratar de entender mejor lo que en el orden del pensamiento y la investigación rehace o se puede hacer en beneficio del hombre. Defiende la estabilidad de la familia, la dignidad de la mujer, la grandeza del amor conyugal en la fidelidad y el sacrificio del hombre y la mujer, con incomparable arrojo y valentía en todos los ambientes, consciente de que de este modo ofrece un servicio a la sociedad, que solamente el paso del tiempo permitirá valorar conjunta estimación [...].

En suma, y prescindiendo de su infatigable y asombrosa labor en el interior de la Iglesia, que tan directamente va encaminada a confirmar en la fe a todo el pueblo cristiano y a librarle de oscuras y subjetivas veleidades que brotan aquí y allá, Juan Pablo II ha logrado hacer salir a la Iglesia de su ensimismamiento y está dándonos un espléndido ejemplo de cómo se puede servir al mundo –la Iglesia servidora de los hombres– en lo que esté más necesita, sin renunciar para nada a la identidad de su misión ni a la fidelidad al Concilio Vaticano II y a la tradición de la Iglesia.

Don Marcelo y el XXV Sínodo Diocesano de Toledo

Jesús MARTÍN GÓMEZ

1. La personalidad del Cardenal Marcelo González Martín

Nadie que haya conocido a D. Marcelo ha dejado de sentir una profunda admiración por él y un gran atractivo por la riqueza que su vida humana y sobrenatural transmitían. Era de recia personalidad como hombre, como pastor y como gobernante. En él resaltaban un conjunto de facetas no fáciles de describir. Y lo que es del todo cierto es que para nadie pasó desapercibido; desde su infancia, sus tiempos de alumno en Valladolid y Comillas, sus años de sacerdocio y su presencia en las tres Diócesis que le fueron encomendadas llamaba la atención. Algunas de sus múltiples cualidades irán apareciendo a lo largo de este artículo y otras muchas las podremos leer en este número monográfico de la revista *Toletana* dedicado a su gigantesca figura.

Yo ahora, me centro, como se me ha pedido, en la intuición profética que este gran Arzobispo y Cardenal de la Iglesia tuvo para rejuvenecer y reorganizar la Diócesis de Toledo. Sus anhelos de renovación y puesta al día de la Iglesia diocesana fueron patentes desde el primer momento de su llegada a la Sede Primada. A ella fue enviado, como pastor propio, por el Santo Padre –hoy ya santo de la Iglesia–, al que muchos hemos conocido, san Pablo VI. D. Marcelo, ya en su discurso inaugural, en la homilía de la toma de posesión el 23 de enero del año 1972, lo puso de manifiesto. Yo era entonces un sacerdote recién ordenado y me impactaron sobremedida sus palabras de salutación, su elocuencia y aquellas primeras pinceladas de actuación que esbozó en la catedral, su Sede propia, aunque no lanzase ningún discurso programático en aquella fría jornada del mes